

EL REPORTERO DE GUERRA

Era un reportero de guerra, reconocido en el mundo por las entrevistas que había realizado a los jefes rebeldes que peleaban por el poder, en un país africano, pero a la vez realizaba una ayuda solidaria a los menores indigentes de las familias de la región. Era una guerra compleja con varios sectores en pugna donde afloraban por doquier los sentimientos de odio y de violencia, inmersos en la intolerancia y la discriminación.

Como viajando en la máquina del tiempo, se movía en las tinieblas de ese mundo cruel, que constituía la rutina de un reportero extranjero en un país africano devastado por la guerra. Pero él no sólo quería reportar los hechos que pasaban, sino que ansiaba además ayudar de alguna manera a esos pobres chicos que sufrían los horrores de la guerra. Estaba sumergido en medio de esos horrores, como si fuera un sueño atroz que envolvía permanentemente a su mente.

Ese día tomó la mochila, conteniendo entre otras cosas, un casco de la ONU, y su identificación de prensa y salió a la calle. Todavía no había amanecido cuando una bruma gris anunciaba la salida del sol. Se había postulado para acompañar a un grupo de rescate, en una misión destinada a trasladar a unos niños, en su mayor parte enfermos de leucemia, desde un hospital de campaña de la ONU que había quedado en la zona de fuego en medio de la selva, hasta el hospital principal que se encontraba en un lugar seguro de la Ciudad. A último momento, la cantidad de personas designadas para integrar esa misión fue reducida debido a normas de seguridad a sólo tres, las que debían ser

civiles y no portar armas. De esa manera, fueron designados el reportero, su amigo camarógrafo y un joven doctor nativo, quienes habían aceptado con valentía participar en ese desafío.

El sol apareció hermoso y radiante en el horizonte y los pájaros ejecutaban su cotidiano concierto. El trío de rescate se preparó para emprender un camino que aún no conocían. A fin de no preocuparse, la realidad fue cubierta con un manto de sonrisas, en un diálogo ameno, pleno de consejos y recomendaciones. Las instrucciones fueron breves, pero precisas. Debían tomar un atajo, cruzando ciertas regiones bastante escarpadas de la selva, para eludir a unas bandas rebeldes intransigentes, sin hablar, sin caerse, sin dormir y sin escalas para comer o hacer sus necesidades más elementales. El mínimo ruido los delataría.

El trayecto que realizaron fue más que duro, podría decirse que cruel. La sed, el hambre y el clima los afectaron, pero finalmente llegaron al otro día al hospital de campaña y allí se coordinó con los grupos rebeldes en pugna la parte burocrática para el traslado, en medio de la selva y de la guerra. Como sería prácticamente imposible retornar con esos pequeños chicos por el atajo por donde habían venido, se tuvo que acordar con los rebeldes para que los dejaran pasar por los controles de seguridad, a fin de llegar al puesto fronterizo de la ONU.

El paisaje del verde de la selva africana contrastaba con el brillo de los ojos del grupo de niños, que reflejaban largas horas de sufrimiento, hambre, injusticias y discriminación. Por supuesto, los bandos rebeldes no cumplieron con su palabra y en medio de la beligerancia, nadie aceptó las credenciales y empezaron los interrogatorios por parte de los soldados. En un momento dado

el doctor fue detenido por sospechoso y llevado a interrogar, mientras el reportero y el camarógrafo esperaron ansiosos junto a los niños. En tanto el tiempo pasaba y pasaba y el doctor no aparecía, los niños lloraban, tenían hambre y sed y algunos necesitaban más medicamentos.

El reportero no soportó más, sacó de su mochila el casco de la ONU, se lo colocó en la cabeza y anunció con un grito y con un pañuelo blanco que abrieran el camino y emprendió la marcha entre los guardias, llevándose a los niños. El camarógrafo los siguió y nadie los detuvo. Sin embargo, unos minutos después, alguien cometió un error del lado aliado y comenzó el fuego cruzado entre un grupo rebelde y los soldados de la ONU, que esperaban ansiosos en el puesto fronterizo para recibir a los niños.

Todos atónitos se tiraron al suelo y siguieron su andar. Pero por un momento, dudaron entre quienes eran los amigos y quienes los enemigos, porque sólo había incertidumbre y terror en esa guerra. Debieron arrastrarse lentamente atravesando unos alambres de púas y la sangre, el dolor y el pánico los invadieron. De pronto, la mirada del reportero se detuvo en la figura pequeña de uno de los niños, que enloquecido, se había separado del grupo y con las manos en alto daba vueltas sobre sí mismo.

Bajo una lluvia de balas que empezó a caer sin piedad, el reportero dejó la mochila y corrió hacia el niño, lo tomó por la cintura y se tiró al piso con él. De pronto sintió un fuerte dolor en la espalda y como si una flecha le hubiera atravesado, iba dejando un reguero rojo, viscoso y abundante. Siguió arrastrándose sin soltar al niño y por fin, rodó hacia una zanja, protegiéndolo con su cuerpo, mientras la sangre le salía a raudales y la laxitud y un cierto mareo lo comenzaron a invadir.

Media hora después, el camarógrafo pudo llegar con los demás chicos al lugar donde se había refugiado su amigo. El reportero tenía los ojos abiertos sin mirada, en medio de un enorme charco de sangre y el niño sentado a su lado le había tomado la mano y canturreaba, al tiempo que balanceaba su cuerpo rítmicamente. Tomó su cámara y los fotografió, porque en esa guerra, la mayoría de las veces nadie reconocía los testimonios de los relatos de los hechos.

Luego el camarógrafo no tuvo alternativa, tomó al chico mientras las balas le alcanzaron en un brazo y siguió avanzando con los demás, porque la vida de todos estaba en juego y no había tiempo para nada. Al final, llegaron milagrosamente al puesto de la ONU y de allí los llevaron rápidamente al hospital. Por suerte, el camarógrafo con bastantes heridas y los chicos con algunas contusiones fueron salvados.

Y aquella foto trágica y a la vez conmovedora que había tomado el camarógrafo, recorrió el mundo y fue elegida como la ganadora del premio internacional de fotografía de ese año. Ese documento, fue un postrero homenaje a aquel valeroso y solidario reportero que dejó su vida por salvar la de un niño, en medio de los sangrientos avatares de esa guerra fratricida.